

LA VERDAD CIEZANA

TOMÁS PÉREZ Y CABALLERO.—Fundador y director propietario

Redacción y Administración Pinos, 1,   No se devuelven los originales

GALERIA DE POLÍTICOS

JOAQUIN CHAPAPRIETA

Don Luis Carrasco Gómez, escritor de corazón, patriota, todo bondad y donosura, atento siempre a las ansias justas de la opinión, honra de nuevo estas columnas,—atendiendo nuestro cordial requerimiento—, con el siguiente trabajo dedicado a D. Joaquín Chapaprieta. Gracias muy expresivas damos al Sr. Carrasco Gómez por su nunca bien ponderada exquisita amabilidad.

Gravitaba, largo tiempo, sobre la conciencia ciudadana del distrito de Cieza la influencia omnívota de la política conservadora, influencia que tuvo su encarnación en la figura altísima, ilustre por conceptos diversos, de Cánovas del Castillo, cuando apareció en esta tierra de amores un hombre modesto, tan modesto como bueno, recio de corazón y de entendimiento a quien sonreía el porvenir, hombre lleno de fé, henchido de caballerosidad, repleto de ideas democráticas: don Joaquín Chapaprieta, por cuyo triunfo electoral riñera Abarán, entre otros pueblos, encarnizada batalla, que de seguro habría sembrado el luto, si la medida no vence a las exaltaciones propias de semejantes luchas políticas.

Fué en 1901 cuando el señor Chapaprieta, acariciando la hermosa y lozana edad de los 30 años, hizo su entrada triunfal en el Parlamento ostentando la representación del distrito de Cieza. Fué en aquellos lejanos días cuando, siguiendo las inspiraciones del malogrado López Puigcerver, se presentaba en el escenario de la política nacional este hombre ejemplar, modelo de ciudadanos, sin más patrimonio que la modestia de su humilde nacimiento, ni otro pedestal que la fuerza invencible de su trabajo. Fué en los albores de su vida cuando el señor Chapaprieta, repleto de cultura y amor a las ideas liberales, tendía la vista al porvenir en busca de futuras grandezas, y desafiaba, seguro de sí, el vendaval de las pasiones exaltadas, y recogía los latidos de la pública opinión, y se erguía, ufano, cantando la *buena nueva*, y levantaba su corazón hasta el trono augusto en que descansa la imagen inmaculada de la Patria.

Rudos combates, épicas luchas y jornadas a las que coronó la gloria hubo de librar el señor Chapaprieta para dar los primeros pasos tan difíciles siempre, cuando a la vida pública se nace sin el prestigio del apellido, o el apoyo decidido de encumbrada personalidad. Solo casi, con heroísmo de combatiente, logró sortear los escollos que obstaculizaban su marcha y

abrir camino en la noche tenebrosa, primeramente, rosada después, de sus nobles destinos. Para ello hubo de sacrificar los años primeros, los primigenios entusiasmos, las energías mejores, los impulsos decisivos, los más humanos y ardorosos de la edad civil. ¡Así es España!

Paradojas de la vida. Por una ironía de nuestra política, ya que la política española es vivero de ironías vivientes, el Sr. Chapaprieta, hombre sin vanidad,—elemento psicológico tan desarrollado en otros hombres—sube como el vapor a las cimas de la administración pública, y en un período de 17 años, aquel a quien embarazaban grandes dificultades para obtener el acta de diputado, dá tan inequívocas pruebas de capacidad y técnica preparación que, por todos es solicitado y de todos es querido. Se ha impuesto por la fuerza de sus méritos. Ese es el triunfo. Esa es la victoria, la victoria que surge pura y diáfana, como el soplo de una alborada.

Estudiante de la Universidad Central; pasante de Puigcerver; diputado provincial en Madrid, por el distrito de la Inclusa-Getafe; diputado a Cortes de la provincia de Murcia en 1901, en compañía de Esteve, Cañada, Sanz y Revenga, García Alíx, Aznar, Prefumo, García Alonso, Alexandre y el primero de los murcianos don Juan de la Cierva; diputado por Loja, Sta. María de Ordenes y Noya; vocal de la Comisión de Presupuestos, Director Gral. de Propiedad Impuestos y de administración local, director de Administración local y de Propiedades; subsecretario de Gracia y Justicia y de Hacienda; senador con acta doble últimamente... Pero, todo eso, con ser tan grande, ¿qué vale comparado con Joaquín Chapaprieta, el hombre, el ciudadano, el amigo...?

Pocos hombres públicos pueden ofrecer, con su idiosincrasia, una tan acabada lección de psicología como el Sr. Chapaprieta. Preciso de palabra, lleno de noble severidad, posee un corazón excesivamente generoso y bueno. Habla cuando debe y lo que debe. Ni más ni menos. Aparentemente frío,—es sin embargo un alma

a la que abrasa el fuego de los patrios sentimientos. Sencillo, correcto, digno, servidor de todos. Promete poco y hace mucho... He ahí los valores intrínsecos que oculta el Sr. Chapaprieta bajo su pequeña, vigorosa y simpática figura de dorio

Senador con acta doble, acaso futuro ministro de la Corona, el Sr. Chapaprieta es el mismo, en esencia, a pesar de su altura, que derramó pródigamente sus amores por esta tierra hace 17 años.

Por circunstancias de la política se alejó de este distrito, pero aquí dejó sus sentimientos mejores. Y a llenar ampliamente el puesto del Sr. Chapaprieta vino cuatro años hace un hombre benemérito, grande de corazón, alto de pensamiento, el Sr. Pidal, perfumando los jardines que él hiciera florecer. Gracias a la suerte que el destino ha deparado al distrito de Cieza, enviando al Sr. Pidal, insustituible hoy por sus prestigios, por su ascendiente moral, por sus virtudes cívicas, por los afectos que en noble lid ha sabido crear, los hombres de esta tierra han soportado la ausencia del hijo ilustre de Torre vieja. En otro caso, y con otro hombre que no fuera el Sr. Pidal, tal vez no hubiera sido posible aguantarlo, dadas las simpatías que despertó el Sr. Chapaprieta, varón ecuaníme, hidalgo de invictas proezas, ejemplo vivo de austeridad, bravo soldado del ejército de la democracia, y de las nobles, y augustas, y sagradas libertades patrias...

LUIS CARRASCO GÓMEZ.

Abarán

Siga la danza

La higiene en nuestro lugar brilla por su ausencia.

En el lavadero público, sin temor a nada ni a nadie, se lavan las ropas de todas las enfermedades contagiosas.

Los hornos de pan cocer, son focos de infección.

Las balsas de cocer esparto, sus aguas van a parar al río.

En los barrios y en las calles céntricas, señor Alcalde, los encargados de la limpieza se conoce que son miopes o que no cumplen con su cometido.

El comercio en general de artículos de primera necesidad, abusa de lo lindo de este pacífico vecindario, dando sus géneros como les viene en gana.

Las tablillas anunciando el precio de sus artículos brillan por su ausencia.

En los puestos de harina, en algunos de ellos menos de harina de trigo, de todo tienen.

¡Siga la danza, señor alcalde!